

GOETHE Y AMERICA *

En el *Calendario de Goethe para 1910*, de Otto Julius Bierbaum, asegura Hermán Krüger, entre burlas y veras, que siempre es posible escribir sobre *Goethe* y —añadiendo aquí cualquier tema, porque todos parecen haber tentado más o menos aquella robusta curiosidad. Y practicando su paradoja, Krüger escribe una página breve y bien documentada sobre *Goethe y la aeronáutica*. Seguramente no es más atrevido escribir sobre *Goethe y América*, tema en el cual confieso no conocer ninguna investigación anterior, aunque estoy seguro de que existen. Mis contribuciones son escasísimas, pero son de primera mano. Aquí las doy sin mucha elaboración, como miembros desarticulados, esperando que el tiempo las organice. A lo mejor, por buscar en los rincones goethianos, habré olvidado algún pasaje fundamental y de bulto. Por lo que valgan, he aquí mis anotaciones. La mayoría proceden de cierto apresuradísimo ensayo (*Rumbo a Goethe*) que, no sin temeridad, envié a la revista *Sur*, de Buenos Aires, por corresponder a su invitación y por no faltar a la cita del centenario. De entonces acá, he añadido unas cuantas referencias. Ahora, para ponerlas en orden, reproduzco y combino algunos pasajes de aquel ensayo, dispensándome de indicarlos.

Hasta donde alcanzo, América a los ojos del joven poeta sólo es una palabra. Dos veces se nombra a América en la *Stella*, drama de juventud, y lo mismo se pudo haber nombrado a Turquía o Arabia: Cecilia, abandonada por su esposo Fernando, ha forjado, de acuerdo con su hija Lucía y para explicar su situación ante el mundo, la historia de que Fernando desapareció en un viaje a América.

* Del correo literario del autor. Reproducción autorizada para VERBUM. Río de Janeiro, julio de 1932.

Más tarde, cuando aquella armoniosa naturaleza se siembra en Weimar como en suelo neutro donde prosperar libremente, comienzan a abrirse los horizontes, de suerte que puede decirse sin exageración que Goethe el sedentario viajó más sin salir de la Sala de Juno que cuanto había viajado antes — y no era mucho — el Goethe agitado y wertheriano de la primera manera. En Weimar, el laboratorio se organiza, y la captación de noticias de todo el mundo comienza a desarrollarse en regla. Las publicaciones de toda Europa llegan a la mesa del hombre ilustre. Los sabios de todos los puntos cardinales se las arreglan para gastar un par de días en la corte de Carlos Augusto, aldea versallesca. Entonces, por entre el tumulto de las demás, rompen las visiones de América.

Ya, para entonces, Goethe, que leía con asiduidad su *Montaigne*, ha traducido, en el *Diario de Tiefurt* — año de 1785, N.º 38, hoja manuscrita que circulaba en la corte de la duquesa Amalia — las dos canciones de canibales brasileños que aparecen en los *Ensayos* (I, XXI). Más tarde las recogerá en su revista *Arte y Antigüedad* (1826), corrigiendo un poco la segunda canción, lo cual indica el interés con que las miraba.

Entre los numerosos huéspedes de Weimar, algunos habían tenido contacto con América. Goethe los ponía invariablemente a contribución, con aquel su método característico de aprender en la conversación de los entendidos lo que no podía aprender directamente sobre la Naturaleza.

J. - G. Seume, poeta y vagabundo que fué soldado en América y oficial en Rusia, aparece en Weimar por primera vez en 1801. Sus poemas, asegura el canciller Müller, "perturban la imaginación de Goethe". El altivo y honrado pre-romántico Juan Godofredo escribía a la pata la llana, y el contenido de sus palabras casi sólo tenía valor con referencia a la calidad de su persona. Aunque nunca llegó a entrar en combate, hizo la campaña del Canadá y tenía mucho que contar: véase su *Vida*. No una sino varias veces y en épocas distintas lo encontramos en la casa de Goethe.

También pasó por Weimar el naturalista y bibliógrafo norteamericano Joseph Green Cogswell, ciudadano de Boston, amigo de los ilustres Bancroft y Ticknor, con quien Goethe departió a su sabor, apasionándose tanto por las cosas del

Nuevo Continente, que llegó a decir a su amigo el pintor Meyer: "Si tuviéramos veinte años menos, ahora mismo nos hacíamos a la vela con rumbo a América del Norte". Cinco años más tarde, soñando todavía lo mismo, y viendo cómo se ha ido complicando en Alemania la vida de la cultura durante los últimos tiempos, dice a Eckermann: "Aunque quisiera ahora irme a América, sería ya demasiado tarde, porque allá también han cambiado mucho las cosas". (Eckermann hace decir textualmente a Goethe: "allá también hay ya demasiada claridad"). Creo entender que habla, irónicamente, de la culturización excesiva hecha por el racionalismo, por el llamado progreso de las luces — Aufklärung — pues de otro modo no se entiende que se queje de la "claridad" de América cuando acaba de quejarse de la confusión y complicación de Europa).

Yo tenía sospechas de que el coronel de ingenieros W. L. von Eschwege, mineralogista que vivió en el Brasil y en Portugal y amigo y frecuentador de Goethe, no habría dejado de contarle sus impresiones de Sud-América. Ahora, mejor informado gracias a las investigaciones de F. Sommer (*Wilhelm Ludwig von Eschwege, biografía de un alemán en el extranjero, con memorias sobre la historia de la civilización de Alemania, Portugal y el Brasil en los años 1777-1855*, publicado en alemán por el Deutsches Auslandsinstitut, Stuttgart, 1928), puedo añadir que el barón de Eschwege viajaba por la Alemania central a fines de 1821, haciéndose acompañar por un criado negro, Sebastián, que llamaba la atención de la gente; que fué por Weimar varias veces, entre 1822 y 1824, y en Weimar se casó con una dama de la corte. Ya directamente o ya por intermedio del médico de la corte, Rehbein, trató con Goethe la venta, primero, de siete diamantes brasileños y, después, de otros noventa y dos para la colección del Gran Duque, a quien ofreció varios granos y pepitas de oro y un colmillo de cobra venenosa. Goethe llegó a intimar bastante con él; lo convidaba a su mesa, bebían juntos vinos del Rin, y el minero deleitaba al poeta con sus narraciones del fabuloso Brasil. Goethe hasta llegó, según su Diario, a cambiarse cartas con afamados mineralogistas respecto a las piedras del Brasil que conoció gracias a Eschwege; y, entre sus libros más a mano, tenía siempre el *Diario del Brasil* y el *Cuadro geognóstico del*

Brasil, obras del propio Eschwege. Hay, pues, todo derecho a pensar que adquirió cierta familiaridad con la naturaleza brasileña. Cuando Eschwege parte para Lisboa, el poeta le escribe pidiéndole noticias sobre alguna erupción volcánica de que hablan las gacetas, noticias que se aprovecharán en una monografía científica, o bien solicita de él algunas monedas portuguesas y brasileñas para el museo del Gran Duque. Más tarde, todavía recibirá de él la recomendación de una planta brasileña contra el mal de la hidropesía.

También estuvo en Weimar C. F. von Martius, el de la *Flora Brasilensis*, que vino al Brasil en 1817, misión científica costeada por el rey de Baviera, y aquí permaneció tres años, explorando y estudiando la tierra en compañía de Spix. (Carvalho, *Bibliotheca Exotico-Brasileira*, III, 331-338). Goethe, que se interesó vivamente por los estudios de Martius en asunto de botánica americana, aprovechó la teoría de éste sobre el desarrollo de la espiral, usándolo a su modo en la edición franco-alemana de la *Metamorfosis de las plantas*. Allí la hizo producir audazmente sus últimas conclusiones, aplicando, como decía Buffon de Plinio, "aquella facultad de pensar en grande que tanto multiplica la ciencia". En un prólogo de 1822, anuncia con entusiasmo una nueva variedad de palmera encontrada en el Brasil por Martius, y en 1824 hace una minuciosa reseña de la obra del sabio botánico *Genera et Species Palmarum*, donde declara que, al leer tal obra y viajar sobre las hojas del libro, acaba por sentirse "compenetrado con la naturaleza del Brasil". Más adelante habla, en términos de verdadera emoción, del viaje de Spix y Martius por el vasto y majestuoso continente de América, y se refiere también a la *Fisonomía de las Plantas*, de Martius. — Esta reseña se encuentra en las *Obras* de Goethe publicadas por Ph. Reclam Jun., Leipzig, XL, 83-85, y tengo especial agrado en señalarla, porque escapó a la diligencia del profesor Roquette-Pinto, de João Ribeiro y demás brasileños que buscaban días pasados el nombre del Brasil en la pluma del autor del *Fausto*. Debo la indicación al profesor A. O. Schulz, que también me ha comunicado la siguiente: en el vol. XLIV de la propia edición, entre los *Paralipomena de la teoría de los colores*, *Menudencias de ciencia natural* y *Estudios de mineralogía y geología*, aparece la me-

moria sobre *Problemas de la Geología e intentos de solución*, donde, a propósito del origen de las montañas primarias de la Alemania septentrional, leemos estas palabras: "Por eso la montaña primitiva es tan respetable, porque en todos los lugares tiene el mismo aspecto y porque no se pueden distinguir granito y gneis del Brasil, de los cuales tengo ejemplares en mis manos, de los del Norte de Europa". — Sobre las visitas de Martius a Goethe en los años de 1828, 1830 y 1831, hay varias referencias en Eckermann y en Soret. En cuanto a la semejanza geológica y paleológica entre los continentes, otro día hemos oído a Goethe disertar sobre los troncos fosilizados, advirtiendo que lo mismo se encuentran en Europa que en América, después de los 21°, "dando la vuelta al mundo como un cinturón". (Eckermann, 5-IV-1829).

Así como poseía granitos del Brasil y conocía los diamantes y las monedas brasileñas, también poseía, en su propia colección numismática — sección de dinastías efímeras o desaparecidas — unas graciosas moneditas de Colombia y otras con las armas de Iturbide, emperador de México, en que se veían el cacto y el águila de Anáhuac. (Müller, 8-III-1824).

Pero no sólo las plantas, los fósiles y los objetos de museo, también la obra humana en América es asunto a sus meditaciones. Entre sus *Reflexiones y aforismos sobre las ciencias naturales*, encuentro una mención sobre "las noventa confesiones cristianas diferentes de Nueva York, que todas adoran a Dios y al Salvador a su modo, sin vivir en mala inteligencia unas con otras". Así parecía de lejos, o así sucedía entonces. Y entre sus *Reflexiones morales*, a propósito de "Lo accidental" y de la persistencia de los caracteres de las razas, esta observación: "Las naciones europeas, transplantadas a otra parte del globo, no se despojan de su carácter y, al cabo de varios siglos, es fácil reconocer en la América del Norte al inglés, al francés, al alemán." El 1º de septiembre de 1829, le habla al joven Eckermann de las productivas colonias negras que los ingleses han establecido en América, y de cierta hipocresía con que les sacaban partido mientras por otra parte, por temor a la competencia, predicaban contra la trata de esclavos. Müller cuenta que, otras veces, Goethe describe la colonización de América en términos tales que Julia de Egglofstein se sentía

deseosa de hacer un viaje al Nuevo Mundo; y, cuando está de vena, entretiene a su sociedad con cierto relato sobre la hilandera solitaria de la Luisiana. Y es bien conocido el pasaje de Eckermann en que el anciano se declara dispuesto a soportar otro medio siglo de existencia, si ha de ver realizados estos tres sueños: un canal del Danubio al Rin, un canal de Suez y un canal de Panamá o cualquier otro punto de América que permita la comunicación del Golfo de México y del Océano Pacífico. "Y mucho me asombraría — añade — que los Estados Unidos dejaran escapar la ocasión de apropiarse semejante empresa" (21-II-1827). — Un día, como no encuentra asunto de qué hablar con los curiosos que lo visitan, se pone a decir lo primero que se le ocurre sobre los Estados Unidos, lo cual prueba que se le ocurrían muchas cosas (Eckermann, 19-IV-1930). — Finalmente, entre sus *Xenias Mansas* hay ésta, consagrada a los Estados Unidos:

"Tú, América, lo pasas mejor
que nuestro viejo continente:
ni tienes castillos en ruinas,
ni tienes basaltos,
ni te turban en lo interior,
al tiempo que vives,
las inútiles remembranzas,
las contiendas vanas.
¡Goza tu hora con fortuna!
Y si dan en poetizar tus hijos,
librelos el hado propicio

de fábulas de hidalgos, bandidos y fantasmas."

Que viene a ser todo un programa vanguardista ofrecido a un pueblo sobre el cual no pesa el estorbo de las tradiciones ni la retórica acumulada por siglos de literatura. Algún crítico llega a considerar estas palabras como una anticipación del espíritu de Walt Whitman.

Pero la verdadera influencia de América sobre Goethe, a la cual sólo puedo aludir aquí de pasada, está representada en Alejandro de Humboldt, hombre también de estirpe goethiana y amicísimo del poeta. Farinelli ha dicho muy bien que Goethe viajó por España en la persona de Guillermo de Humboldt, el hermano mayor. Nosotros podemos asegurar que Goethe

viajó por América en la persona de Alejandro, el hermano menor. Si el poeta fijó en el muro de su cuarto un mapa de España para seguir la trayectoria de Guillermo, también — fiel siempre a su estilo de esquemas y representaciones visuales — trazó por sí mismo un diseño de las montañas de América y de Europa, marcando las líneas de las nieves perpetuas, para poder seguir el *Voyage Equinocial* de Alejandro. — Goethe admira a los hermanos Humboldt, celebra que se hayan formado a sus ojos, reconoce (y lo más hermoso es que, por su parte, Alejandro confesaba lo mismo, porque sus dos naturalezas mutuamente se fomentaban) que en un rato de conversación con Alejandro aprende más que en varios años de estudio. El día que recibe cartas de Alejandro es para él un día de fiesta, y cuando tiene la suerte de poder retenerlo unas horas en Weimar, se queda de buen ánimo para todo el mes. Casi todo une a Goethe y a Alejandro de Humboldt y casi nada los separa. A él le debe cuanto sabe sobre Colombia y Cuba y sobre el posible canal de Panamá. Alejandro recorrió durante cinco años nueve mil leguas de tierra americana — en total, seis naciones: Venezuela, Cuba, Ecuador, Perú y México — y fundó las bases de nuestra geología y nuestra sociología. Alejandro es como una proyección de Goethe hacia nuestra América, y en él vislumbramos algo de lo que Goethe hubiera encontrado en nuestra América.

¿Qué pensaría Goethe de América? ¿Qué representación tendría de América este admirador de Chateaubriand que ponía la *Atala* sobre su cabeza, declarándola, con *Pablo y Virginia*, una de las mayores obras de la moderna literatura de Francia?

Siempre fué América una utopía, la esperanza de una república mejor, y en seguirlo siendo está su sentido. Por los días del descubrimiento, los humanistas han desenterrado la Atlántida de Platón, cuyas promesas parece que van a cumplirse. La novela política a lo Tomás Moro es el reflejo del descubrimiento en la mente de Europa. Montaigne, a quien algo se le alcanzó del Brasil, considera con simpatía al autóctono americano, y adelanta algunos rasgos del "hombre natural" de Rousseau. Los conquistadores mismos, aunque codiciosos, o tenían ímpetu de catequistas o, en el peor caso, sentíanse obligados a fingirlo: luego reconocían un impulso espiritual a la em-

presa. Poco después, en busca de libertad religiosa y de otra moral más depurada, embarcaban unos peregrinos rumbo a la América del Norte. En la misma España de ahora, el anhelo hacia América encuentra todavía un eco en las páginas de Emilio Castelar, de Miguel de Unamuno y, singularmente, de José Ortega y Gasset, que sufre y siente a América como un problema personal.

Goethe no podía sustraerse a esta imantación general de América que perdura de siglo en siglo. América le parecería, sin duda, tierra más abierta que Europa, más dispuesta a recibir la obra del hombre. — En todo caso, es indiscutible que, más que en la nuestra, pensaba en la América sajona. Durante mucho tiempo, nuestra América había estado aberrojada, más que por ninguna fuerza material, por una filosofía aisladora que creaba cierto vacío a su alrededor. Cuando sobrevino la independencia, no todos podían entendernos porque carecían de elementos de juicio. Goethe se acuerda del trecho de historia que ha vivido (guerra de Siete Años, separación de los Estados Unidos, Revolución Francesa, época napoleónica —, y más tarde presenciará todavía la revolución de Julio), y no viene a su espíritu la inmensa trepidación de la independencia hispanoamericana (Eckermann, 25-II-1824). La realidad política de los Estados Unidos da un perfil más claro, más seguro. Sus tierras son tierras de promisión para el que anhele recomenzar la vida, tras de salir maltrecho y herido de sus experiencias en Europa. Esto sólo quiere decir que, en aquel instante, la idea americana parecía refugiarse en la zona septentrional del Nuevo Mundo, porque a todos nos va tocando la vez en la gran marea de la historia. — América representaba, pues — tras el fracaso de la primera — la segunda salida de Don Quijote, la segunda y la definitiva.

Soñemos en Wilhelm Meister, dispuesto a rehacer su felicidad en el Nuevo Mundo. En las manos de Filina, buena costurera, las tijeras están temblando a la sola idea de cortar los vestidos para la futura colonia. Lidia se siente maestra de primeras letras para las generaciones que han de venir. El grave Montano sólo piensa en laboreos y minas. Atrás quedan los flaqueos y los sufrimientos, los años de aprendizaje sentimental y los años de veleidosos viajes. La barca se desliza

río abajo. Una leve brisa seca, en la mejillas de Félix, las lágrimas jubilosas con que fué devuelto a la vida. De pie en la proa, Wilhelm Meister — Goethe — cruza los brazos y, lleno de confianza en América, contempla el horizonte.

ALFONSO REYES.

NOTA. — Sobre América en el *Wilhelm Meister*, véanse, sobre todo: *Años de aprendizaje*, IV, XVI; VII, III; VIII, III y VII — y *Años de viaje*, III, III, IX, XI y XII.